

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 76.—1.º de Mayo de 1873.

*Dios es caridad. (San Juan
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Madrid. V. M. de P. Gracias mil por la ropa para los pobres, á quienes será muy útil. ¡Dios premie la caridad de usted, que es incansable!

BENEFICENCIA ALDEANA.

Es opinion generalizada y admitida entre los que se ocupan del estudio de la administracion pública, que la *Beneficencia domiciliaria* lleva muchas ventajas á la que ejerce el Estado en establecimientos oficiales, por bien regidos que esten. Prescindiendo de lo costosos que suelen ser estos, y de que una buena parte de los fondos se invierte en los medios sin que llegue al fin, no cabe duda en que el socorro que se lleva á la casa del necesitado fructifica en ella por entero; pues si no todo es aplicable al paciente, lo aprovecha la familia, que si no está necesitada de medicinas, carece completamente de subsistencia, por estar postrado en el lecho quien habia de ganar el sustento de la mujer y de los hijos.

Apenas se concibe un hospital, una casa de acogidos ó cualquier otro establecimiento benéfico, sin contar con administrador, interventor, tesorero, conserje, etc.; no siendo raro, por desgracia, que haya fundaciones de este género en que dos terceras partes de las rentas, y aun mas, se gastan en el personal. En las poblaciones de crecido y disperso vecindario puede esplicarse y disculparse la profusion de empleados en los institutos de beneficencia, si bien el de las *Decenas*, introducido en Madrid por LA VOZ DE LA CARIDAD, prueba, que aun en los grandes centros de poblacion se puede ejercer económica y caritativamente la beneficencia á domicilio.

Discurriendo en este sentido, me vienen á la memoria ejemplos laudables, recojidos en aldeillas y pequeños lugares de nuestras serranías, donde la caridad se ejerce con una sencillez, buena fe y baratura, que merece ser consignada en este periódico: puede decirse que es el bello ideal de la beneficencia domiciliaria. Me refiero á algunos pueblos cortos de la serranía de Cuenca, delineada en la *Vida pastoril* del discreto rabadan Manuel del Rio.

Apenas se sabe entre los vecinos (y se sabe al momento) que alguno está enfermo de gravedad, se comienza el turno de la asistencia á cuidarle y á velarle, que no se interrumpe hasta que el doliente está bueno ó sucumbe. No hay necesidad de demandadero que avise á cada asistente, ni de fijar el turno, ni de señalar la hora y forma del relevo. De inmemorial se halla establecida la serie de casas del pueblo, desde un cabo hasta el otro, y cada cual sabe el puesto que le corresponde, como lo saben los soldados de una compañía por sus números. Dure lo que dure el padecimiento, despues de cenar, al anochecer, se presenta en la estancia del paciente el convecino á quien toca, relevando al que ha asistido al enfermo en el dia anterior. Este enfermero voluntario sirve de todo y para todo en la casa, y lo mismo ayuda, asiste y consuela al doliente, que á los demás de la familia en sus ocupaciones y cuidados. Hace de practicante al lado de la cama, de ayudante en la cocina, de ayo con los chicuelos, de motril con las caballerías, y los honores á las visitas.

Cuando la enferma es mujer, turnan las de su sexo en el servicio de la misma manera, con el mayor esmero y con las especiales cualidades que las mugeres tienen para esta clase de ocupaciones. Y en uno y otro caso, cuando los gefes de cada casa son huérfanos, solteros, ó no pueden concurrir los padres, nunca falta el representante de la familia que cumpla el deber sagrado: que así se van acostumbrando desde jóvenes, mozos y doncellas, á ejercitarse en estos actos de amor al prójimo.

Es un espectáculo edificante y consolador ver á un pobre anciano, que deja los quehaceres propios por prestar sus servicios personales al convecino enfermo; á una casada que, apartándose temporalmente de su marido y de sus hijos, redobla sus esfuerzos, se crece y multiplica á fin de que nada falte en la casa de la afliccion, aunque tengan que sufrir algun perjuicio sus cosas y los suyos; á un joven ó una mozueta que se prestan á complacer á los estraños como si fueran familia propia. Y es todavía mas digno de loa, que, no ya parientes, meros conocidos y aun adversarios, se avengan á gastar su actividad, su celo y hasta sus pequeños ahorros en beneficio del ne-

cesitado, olvidando pasadas rencillas y quejas, y atendiendo únicamente al deber de cristianos por amor de Dios y del prójimo. ¿Qué dificultad han de tener las reconciliaciones, el olvido de ofensas y el perdón de faltas cometidas, cuando moribundos y asistentes se ven unidos en los momentos mas críticos y hermanados por la caridad? El quejoso presenciando la agonía de su ofensor, y este acariciado en el lecho del dolor por los que antes pudo creer resentidos, necesariamente han de deponer sus resentimientos; ¿cómo? Sin esplicaciones enojosas, sin disculpas humillantes; por medio de un pacto mudo, que dice mas al corazon y enseña mas á los circunstantes que todos los convenios orales, escritos y protocolizados.

Para el ejercicio y mejor desempeño de esta beneficencia á domicilio hay, en los pueblos reducidos, utensilios y prendas de comun aprovechamiento: la ayuda ó clister, que llaman de las ánimas porque se da uno ó dos cuartos para las del purgatorio al que la guarda; el tinajon para dar baños frios ó calientes; la vinajera con pistero con que se propinan ciertos líquidos, etc., etc. Lo demás que hace falta en cada caso lo ofrece generosamente quien lo tiene, ó se demanda en la seguridad de que nadie se niega á este género de prestaciones.

Examinando manera tan sencilla y patriarcal de asistir á los enfermos mas ó menos necesitados, bien se comprende que la ha engendrado y mantiene la misma reduccion del vecindario, la escasez de recursos, la necesidad y la pobreza; pero me parece que yerran los que piensan que no pueden adoptarse estas buenas costumbres en las ciudades populosas, para lo cual bastaria obrar por cuarteles ó por barrios, convirtiéndolos en pequeños pueblos. La verdad es que los sentimientos humanitarios, que los actos benéficos que aquí ha creado el hábito y la série de los tiempos, pueden emplearse con ventajas entre gentes mas ilustradas, que disponen de mayores medios intelectuales y materiales.

Ni es solamente reparable el espíritu de caridad de las aldehuelas serranas en lo que toca á los enfermos: en todos los lances, que ocurren de infortunio y de desgracia, aparece la misma propension filantrópica, y la buena enseñanza moral trasmitida de padres á hijos y mamada desde la infancia.

Falta el gefe de una familia, dejando viuda y varios hijos huérfanos: pertenece á la medianía ó á los poco acomodados, y ocurre la desgracia en el principio de la recoleccion. La viuda es una pobre mujer, y los hijos de corta edad: la reducida siembra que tienen está en peligro de perderse si no se siega y recolecta á tiempo. No se consumará este segundo infortunio, que allí hay almas sensibles y

costumbres fraternales. Sea entre los parientes mas cercanos, sea entre los convecinos de corazon, ó sea tomándolo como carga concejil y prestacion vecinal voluntaria, se aprovecha un dia de fiesta ó de vagar, y entre varios ó entre todos se siegan las piezas, se recojen, trillan y limpian las mieses, y en la casa mortuoria entran los frutos que han de alimentar á la viuda y á los huérfanos. Si no abrumara á estos desdichados el luto y la pena, tendrian motivo de celebrar que nunca han encerrado su cosecha con mas facilidad, presteza y economía que en la presente ocasion. Dice el proverbio, que *los duelos con pan son menos*; pero yo diré, sin tanto egoismo material, que en presencia de actos tan misericordiosos y ante conducta tan humanitaria y cristiana, no puede menos de sentirse consuelo en las aflicciones, confianza en las gentes y esperanza en la justicia divina.

El lector que crea que yo he redactado este artículo para entrete-nerle meramente ó para hacer alarde de noticiero y curioso, se en- gaña de medio á medio. Ni por carácter, ni por convicciones, ni por hábito soy amigo de ocuparme de cosas que no tengan una aplica- cion práctica de utilidad y provecho. He referido lo que precede para que se conozcan las buenas costumbres que hay en nuestra pa- tria y se piense en estender ó mejorar estos laudables ejemplos por otras comarcas y localidades. Mediten las almas caritativas sobre lo que acontece en algunos pueblos, y trabajen para que conducta tan conforme con las virtudes evangélicas halle imitadores y discípulos en todas las poblaciones. Esta propaganda nadie puede rechazarla; á ninguna clase ni persona es dañosa; entrañas de fiera no bastarian para repugnar tan sana enseñaanza.

Fermin Caballero.

Barajas de Melo 22 abril 1873.

LOS ENEMIGOS DE LA CARIDAD.

El tercer enemigo.

Dulce heroina en la tierra la celeste *caridad*, ve tantos y tan obs- tinados enemigos salir á su encuentro á detenerla, que asombra á veces mirarla victoriosa y triunfante, llevar su apacible rostro lleno de resplandores á aquellos rincones oscuros en donde gime la des- gracia. A ellos se acerca á través de muchos escollos, grandes tro- piezos y redoblados obstáculos, al parecer insuperables; y allí, en donde menos imaginarse podria, se esconde á veces un poderoso ene- migo de la caridad. Entre flores acaso, y verdes enramadas y pláci-

dos susurros, opónese á su tránsito, no ya la frente adusta del soberbio altivo, ni la mano encojida del ruín avaro, sino un hálito adormecedor de suave ambiente, que embriaga, enerva y mata. Con imperioso y agudo acero ó con innoble cadena intentaban detenerla aquellos; en lecho de rosas, reclinada blandamente, procura avasallarla un nuevo enemigo, no por sus halagos menos temible que los demás que la combaten.

Habeis visto que muchas personas, cuyo espíritu por ventura no está templado para admitir la gangrena del orgullo, ni la seducción de viles riquezas, ni otros vicios que asaltan y malignan los corazones, son tristemente esclavos de la ley de los sentidos. En aquella lucha constante que el hombre espiritual lleva consigo (lucha de la cual con acento enérgico y frases de admirable sencillez habló San Pablo), muchos vacilan, caen, perecen. El alma humana, sobre frágil carne imperando, ha de hacer su camino por la tierra; y si en vez de regirse, alta la mirada, puro el intento y firme la voluntad por la ley del espíritu, que la ennoblece y eleva perennemente, se deja guiar, ó mejor diríamos arrastrar, por la ley de la sangre que la abate sobre el polvo, entonces, derribada de su altura, destituida de su grandeza y de su vigor dejenerada, es presa constante de sentimientos muelles y laxos, al reposar en ese centro de vicios que se llama *lujuria*; y en mal hora borrada en ella con sacrilega impudencia y cínica degradacion la *imagen y semejanza de Dios*, queda tan solo ya perceptible sobre el puro cristal que habia de reflejarla, el hálito pestilente y craso, que lo empaña, de las continuas é inmundas exhalaciones de un vicio pertinaz é impenitente.

No será cruel acaso el lascivo. Tal vez sea pródigo ó desprendido en vez de codicioso. Por ventura en su corazón subsista, si todavía por completo no se convirtió en cieno, aquello que llamamos ternura de corazón; y por ella, si presencia un infortunio, si á su vista se ofrece acerba dolencia, si ante sus ojos un hermano infeliz siente el hambre, la sed, el frío, la fatiga, la tribulación, el abandono, alargue su mano y mitigue esos dolores, ó socorra pasajera-mente tales necesidades. Y acaso también al espectáculo de la desdicha y el desconsuelo, del sufrimiento y el llanto, vibre en su corazón una fibra y llegue á brotar una lágrima de sus ojos. ¡Lágrima bendita; que lo son todas las que se derraman por el dolor ageno!..... Mas en primer lugar, cuando esto sucede, es prueba de que aún aquel vicio no ha matado por entero al espíritu; de que aquella *Magdalena* puede todavía escuchar y seguir la voz de su Redentor; es que la ola ascendente de la turbia materia no ha sobrepujado todavía la estatura de aquella alma; es que esta, suscitada por el las-

timero ejemplo que mira y por la voz interior que siente, se esfuerza y sobrenada por encima de la onda de miseria que la circunda; y en segundo lugar, aunque tal sucediera en todas las víctimas de una pasión traidora y aleve, que cual doméstico enemigo se oculta, para tender sus asechanzas, en los pliegues del corazón mismo al que pretende herir y arruinar, probaríamos esto que en ellos existía la *ternura* de corazón. Pero la ternura de corazón no es la *caridad*.

No son enemigas ciertamente, sino aliadas; mas la ternura es la compañera menor, que aquella gran mensajera del cielo tomó á su servicio en la tierra, para hacer por el triste valle incansablemente sus incesantes jornadas. La ternura de corazón es el lirio silvestre ó la flor del heno, que abre su cáliz y da su aroma en un día, en una hora. La caridad es el rayo de las alturas, que alumbra y calienta, y hace brotar perennemente lirios y flores allí mismo en donde otros murieron.

Conmoverse ante las desgracias y miserias, que por acaso se *presencian*, es ternura: pero revela un sentimiento mas profundo y meritorio, que desciende del espíritu y entona al corazón, el inquietarse pensando en ellas, y *buscarlas*. La caridad no deja descanso al alma, á la que calienta é ilumina; y, como en ella se une al amor de Dios el amor de los hombres, ennoblecido, purificado, santificado este, y renovado continuamente en esa especie de universal, indeleble y santa Eucaristía, subsiste por sí y por la virtud superior que lo anima, quedando ileso á pesar de las ajenas ingratitudes y tibiezas, y de las contrariedades y persecuciones, que cada vez mas lo aquilatan y avaloran. ¡Cuántas personas hay, que, de livianos pensamientos llevadas, ó por formar erróneos conceptos acerca de lo mismo que en su interior pasa, conténtanse con aquella fugaz ternura, y pasan del llanto á la risa, de la compasión á la orgía, con la mayor facilidad y lisura! Estas son almas en que hay un germen bueno, mas no educado y robustecido con las altas inspiraciones que fomentan y aseguran las rectas inclinaciones del genial carácter y de la naturaleza humana: son vocaciones estraviadas, en que la ausencia de principios deja á la sensibilidad material sola y aislada: son personas, en fin, en quienes obra en ocasiones la *ternura de corazón*, mas no la *caridad de espíritu*.

Si atentamente se examinára cuál impedimento estorba que en las organizaciones sensibles, preparadas para la compasión y la beneficencia, reine la caridad, acaso muchas veces se encontraría que la causa era la presencia en ellas de otro tirano anterior, que, suscitando el bullicio, el tumulto y la rebelión de los sentidos, se apo-

yaba luego en ellos para mantener guerra implacable contra el reinado del espíritu. Si acerca de esto se abrigasen dudas, realicése á toda hora una séria esperiencia. A cualquiera de esas almas, aprisionadas y casi sofocadas por la tosca vestidura de la materia, hágaseles con un grande, poderoso, decisivo esfuerzo, que corte de un solo golpe las ligaduras que las aprisionan, que impida la reincidencia en los vicios que habitualmente las enervaban y adormecian, hágaseles retirarse, por el camino *del sacrificio*, al noble alcázar de la *castidad*, y respirar allí el sutil y regalado ambiente, que las flores modestas embalsaman con sanos y delicados aromas; y vereis qué trasformacion tan sublime. La compasion, que antes era impresion material y fugitiva, será ocupacion constante del espíritu. Aquel paréntesis de bondad, interpuesto entre el delirio de la orgía y la relajacion de la indolencia, convertiráse en regla permanente de la vida; aquella ternura, que por los ojos entraba y por los ojos salia en lágrimas pasajeras, será ya sentimiento profundo, inoculado en el corazon desde las alturas del espíritu, que estará unido á Dios con llama ardiente, poderosa, inestinguible, con llama de verdadera caridad.

Y es que en la castidad estriba la sujecion de los sentidos, que, si rebeldes arrastraban y perdian la majestad del alma, sometidos como fieles servidores de esta, la dejan que reine con todo el esplendor y escelsitud de su origen, y que en sus destellos, no enturbiados por ondas cenagosas, brille el vigor de la idea, la pureza del sentimiento y el poder de la virtud.

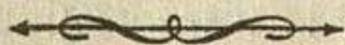
Observemos, por último, para tenerlo siempre en cuenta, que este enemigo casero, conocedor de las interioridades que asalta, no facilmente renuncia á sus asechanzas y astucias, y aun á veces pretende pasear triunfalmente unido á la severa y purísima caridad. Conocereis su sagaz amaño por la prueba siguiente.

Si al unirse á la caridad para caminar en su celestial compañía se conserva la muelle propension y las viciosas ternezas, es que á la caridad se ofende, buscándola ¡desdichado intento! como disfraz á propósito para encubrir fealdades.

Si por el contrario, á la caridad se busca, ceñido el que la llama de resignacion por el sacrificio de las pasiones, y abroquelado con escudo de austeridad y entereza, entonces se la reconoce como ella es en verdad, como reina y señora de las almas puras.

Carlos María Perier.

LOS DE ARRIBA Y LOS DE ABAJO.



*Paráfrasis de una parábola escrita en francés por
L. de Jussieu.*

Sobre un empinado cerro, al pie de fuerte castillo, y desde las azoteas de un ancho caseron, estaba un quidam mirando hácia el valle que á lo lejos y á vista de pájaro descubria.

Allá, en lo mas hondo se hallaba un segador amontonando sus haces junto al respiradero de una mina.

Y como el viento sopla en las alturas y se cuele sutilmente por los oidos..... el de arriba, un tantico aventado, decia: ¡Qué pequeños son ante mí los hombres que hormiguan por el llano! Aquel de la hondonada es tan pigmeo que apenas le distingo. ¡Ya se ve! ¡Como yo soy tan alto! El pobre se comparará conmigo, y estará patitioso mirándome y diciendo: ¡Qué señoron tan grande!!!

Sabido es que los humanos al medir su elevacion no suelen tomar en cuenta la del pedestal á donde los encarama la intriga ó los empina la fortuna.

Cuando mas engreido estaba el señoron con su grandeza, cádate que sintió hácia el cogote una humedad estraña. Llevóse prontamente la mano al cerviguillo, y con mayor prontitud la sacudió exclamando: ¡Qué porquería!

Era que desde la torre del castillo, un personage mas empingorotado, para significarle su desprecio, le habia escupido encima de la nuca, como quien dice: «Allá va eso para su alteza.»

Pequeñeces de los grandes, ó mas bien de los engrandecidos, que al subir á un alto puesto escupen ó miran por encima del hombro á los que dejan un poquito mas abajo. Como si no supiéramos todos que allá mucho mas arriba..... los primeros serán *los últimos*, y esto para castigo y humillacion de los soberbios.

¡Qué insolencia! prorumpió el del terrado, dirigiendo al de la torre una mirada de basilisco. Deja, deja que yo suba, y verás si te hago escupir los dientes.

Ja, ja, ja, jaah, ¡facilillo es eso! decia el encastillado, creyéndose al abrigo de cualquier tentativa. Pero al asomar la cabeza, ¡Patapum! ¡Zas! Se le vino encima un peso que á poco le acogota.

¿De dónde podia venir aquel imprevisto y oportuno golpazo?

Facilmente pudo inferirlo..... Un globo se balanceaba en el espacio..... En la barquilla elevábase un intrépido aereonauta, y este se habia entretenido en arrojarle desde las alturas uno de los talegos de arena y casquijo que llevaba por lastre.

¡Vagamundo! ¡Tunante! ¡Aventurero! ¡Quién fuera buitre para sacarte los ojos! gritaba el de la torre desgañitándose, mientras el del globo, sin hacerle caso, iba subiendo, subiendo, y ensanchándose al ver que tenia bajo sus pies al mundo entero.

A todo esto el labrador, mirando á los de arriba, figurábase que por aquellas alturas todo era tortas y pan pintado. Envidiábale al del globo su extraordinaria elevacion, al de la torre su predominio, al del terrado su comodidad.

¡Con qué descanso toma el fresco! decia refiriéndose al mas vecino..... ¡Qué á gusto me hallaria yo sentado en su azotea! Por esta hondonada no corre un pelo de aire..... ¡Por allí sopla de lo lindo! Así están repartidos los bienes y los males! Para los de arriba, las anchuras, el mando, los honores, las comodidades, el lujo y los placeres; para los de abajo, la estrechez, la servidumbre, los desprecios, las privaciones, la indigencia y los trabajos. ¡Y luego estrañarán que yo les envidie la suerte! Lo estraño fuera que alguno envidiara la mia.

¡Bienaventurados los que se calientan al sol! ¡Dichoso el que pisa las yerbas del campo! exclamó repentinamente un hombre que trabajaba dentro de la mina.

¡Válgale Dios! ¡Y con qué poco se contenta mi vecino! prorumpió el labriego acercándose á escuchar el soliloquio del minero. Este decia.

¡Triste cosa es vivir como los topos, debajo de la tierra! En estas profundidades estoy como encerrado en un sepulcro, y hasta el aire que se respira huele á muerto.

¡Pobrecillo! Tiene mucha razon, dijo el oyente olfateando la boca de la mina. Esta boca es mas oscura que la de un lobo. ¡Y despide un aliento que apesta!

¡Qué diferente vida pasa el campesino! decia el otro, cansado de hacer siempre una misma cosa. En la variedad está el gusto, y sus tareas son tan varias que no le dan lugar á fastidiarse. Ya labra el surco, ya escarda los trigos, ya recoge las espigas, ya estiende la parva y maneja el bieldo, ya sube al trillo y se pasea como un señor en su coche..... Ya coje la pala, y ¡zas! allá van los granitos bailando por un lado y la paja menuda por el otro. De veras lo digo: si yo fuera labrador, no cambiaria mi suerte por la del Papa!

¡Oiga! exclamó el labriego. ¡Con que tan dichosa es mi suerte?

¡Y yo no lo conocía! ¡Este hombre acabará por convencerme de que soy un majadero! Desde ahora, en vez de compararme con los de arriba, me compararé con los de abajo, y daré gracias á Dios porque me ha colocado en medio de los unos y los otros.

Al decir esto miró al cielo, y vió que las nubes se habian ido ennegreciendo, el sol estaba eclipsado, las aves aturdidas revolaban casi á flor de tierra; oyóse un ruido lejano, y de improviso estalló la tormenta.

El globo, sacudido por encontrados vientos, amenazaba rasgarse, y el hombre que se habia remontado en él, de muy buena gana hubiera cambiado su elevadísima posicion por la del humilde operario de la mina.

Una sierpe de fuego hendió los nubarrones y deshizo el globo. La incendiada barquilla rodó por el vacío, y el aéreo navegante cayó en los derrumbaderos de la montaña. Una de las desquiciadas piedras fue á caer encima del terrado, hiriendo gravemente al hombre que allí estaba.

El segador al ver aquello santiguóse, agachó la cabeza, y aunque no pudo salvarla del chubasco, dióse por muy bien librado á costa del susto y de la mojadura, pues, como él decia, el agua no rompe los huesos, y en llegando al pellejo escurre.

Cuando el minero llegó á saber que la tempestad habia pasado por encima de su cabeza, ya el sol habia enjugado los haces y la ropa del campesino.

No envidien los de abajo á los de arriba; las grandezas del mundo se pagan á tanto el metro; los peligros, los azares y los destroamientos sirven de numerario..... La felicidad huye del ambicioso que la busca en alto puesto; mas fácil es hallarla en el fondo de una conciencia pura. Vivir contento en el estado mas humilde, conformarse con la voluntad de Dios, he ahí el gran secreto de la filosofía. Ella nos dice que cuanto mas alta es una torre, mas cerca está del rayo.

Consuélense los pequeñuelos del mundo; en sus revueltos mares, suelen irse á pique los navíos y salvarse las chalupas.

Micaela de Silva y Collás.

FALSEDAD DE UN PROVERBIO.

Con justa razon nos envanecemos los españoles de nuestro idioma. Rico de frases para todas las cosas del universo, para todas las producciones del entendimiento y para todos los afectos del corazon,

armonioso cuando poetiza, severo y grave cuando discute, es sobre todo elegantemente conciso cuando se trata de representar una idea profunda por medio de una espresion gráfica y lacónica. Así sucede especialmente con nuestros proverbios y refranes, que un eminente literato, el Sr. Bastús, recientemente arrebatado por la muerte, llamaba, la *Sabiduria de las naciones*, cuando escribió con este título un libro curiosísimo sobre el significado de los proverbios castellanos.

Sin embargo, como aun en lo bueno hay abuso y la imperfeccion es innata en las obras de los hombres, sucede que entre esos refranes, cuya gran mayoría son realmente sábios consejos, el uso ha introducido algunos que están muy lejos de merecer esta calificacion, porque ó son evidentemente falsos ó representan lo contrario de lo que conviene fijar en la mente del pueblo por medio de esta literatura sentenciosa.

Entre otros que pudiéramos citar, recordamos ahora uno que suele repetirse con frecuencia, diciendo: *La caridad bien ordenada empieza por si mismo.*

Si al lanzar este axioma se le agregase claramente la esplicacion de que es un antítesis de la verdadera caridad, que no es lenguaje suyo sino de su enemigo mortal el egoismo, el cual espresa así toda su profesion de fe; si se variase la frase diciendo, por ejemplo: *El egoismo es la mejor caridad, ó Antes que la caridad con los demás está el egoismo consigo mismo*, ú otra semejante, entonces la locucion sería exacta, representaría su verdadero objeto, y nadie podria dejarse seducir por ella ni tomarla como regla de conducta.

Pero admitido el proverbio, cual lo está en el dia, al oir en esa forma de precepto sibilitico, que la caridad para ser bien ordenada debe empezar por uno mismo, la vulgaridad de las gentes, ó porque lo cree ó porque le conviene decir que lo cree, se considera ya dispensada de ejercer esta virtud con los demás, mientras tenga algo en que emplearla para sí.

Planteada de tal modo la cuestion, siendo el individuo juez y parte interesada para decidir si lo que piensa hacer en bien de otro puede utilizarlo mejor para su propia conveniencia, equivale á proscribir todo sentimiento caritativo, porque llegado el caso de traducirlo en hechos benéficos, siempre el egoismo, que es absorbente por esencia, nos gritará: «Eso que vas á hacer en favor de tu hermano, puedes utilizarlo para ti: la molestia que te tomas puedes evitarla ganando en comodidad: el socorro de las migajas de pan que ibas á dar al pobre, puede aumentar el pan mismo, aunque sea en pequeñísima parte; y si los desgraciados sufren, estás relevado de consolarlos porque tú tambien necesitas consuelo.»

Importa, pues, poner de manifiesto la realidad desastrosa de ese falso proverbio; tan falso, que si no se tratase de materia formal, casi podría tomarse como una de esas ironías exageradas que suelen emplearse para afirmar un hecho, diciendo todo lo contrario de lo que es en sí. En efecto: la caridad, que es abnegación, sacrificio y generosidad, no puede empezar por el interés del que la quiera ejercer; es virtud dedicada á los demás, anteponiendo siempre el socorro ageno al bienestar propio.

El egoismo desenmascarado puede proclamar sus doctrinas, que solo miran al exclusivo provecho del individuo, y hacen del Yo el objetivo de toda la actividad humana; pero al menos que lo haga así abiertamente y no se encubra con la máscara de la caridad, invocando este santo nombre para que no asuste el suyo verdadero. Levante si quiere su bandera de mirar ante todo y en todo por sus propios intereses; la caridad levantará la suya de mirar por los agenos, cuando los hiera la desgracia y esté en nuestra mano aliviarla, aunque sea con algun sacrificio.

Bien se nos alcanza que no faltarán quizás algunos que en defensa de ese proverbio, que halaga sus tendencias utilitarias, sostendrán que esa caridad, que recomiendan para sí mismos, encierra la virtud y el deber de la propia conservacion y es un consejo para apartarnos de la prodigalidad y de la disipacion. Esto sería querer disculpar un error tergiversando la verdadera naturaleza del punto que se discute.

Al decir nosotros que la caridad bien ordenada, como que tiene la abnegacion por impulso, empieza por los demás y no por sí mismo, no queremos decir, estremando la frase, que cada persona al aspecto de un pobre debe prescindir completamente de sí, del interés de su conservacion, de la de su propia familia y de sus propios intereses. Esto sería exagerar de tal modo la virtud, que á veces se convertiria en un defecto mas ó menos censurable. Puede mirar cada uno por sí mismo y por los demás, sin que una cosa perjudique á la otra; y en esto es en lo que debe consistir el *bien ordenado* ejercicio á que alude el famoso proverbio.

Pero no se olvide que para lo propio no necesitamos estímulo: basta el instinto de conservacion, que se convierte para todos en un deber fácil; deber que nadie suele descuidar completamente, por lo mucho que le interesa. Lo que necesita estímulo y consejo es el atender á los demás en el límite posible para cada uno, segun su posicion; tendencia buena y provechosa, que empieza por un sentimiento de benevolencia, que se sostiene por una simpatía compasiva y que llega á su desarrollo por medio de una caridad ardiente.

Esto, y no las doctrinas del egoísmo, es lo que conviene popularizarse con proverbios y refranes. Al egoísmo le basta su propia naturaleza árida y reconcentrada: para hacer el mal que hace en el mundo no necesita predicaciones ni consejos en forma sentenciosa.

Para concluir, no queremos privar á nuestros lectores de unas preciosas palabras que hace pocos años pronunciaba sobre esto mismo, en una solemnidad científica, otro sabio, ya difunto también, el Dr. Monlau. Decía así:

«¡Ah, Señores! Cuántas preocupaciones reinan todavía en el mundo moral! No son pocos los que creen que el precepto de amar al prójimo como á nosotros mismos es hostil al instinto de la propia conservación; que tal precepto tiene mucho de exigente y hasta algo de cándido.—*¡Primum mihi!* ¡El primero soy yo! esclama nuestra personalidad entre alarmada y escandalizada.—¡Error funesto!... Dijo Francklin, que si los pícaros conocieran las ventajas de la honradez, serian hombres de bien por picardía; y á su imitación digo yo, que si nos convenciéramos de las ventajas que trae la caridad y el amar al prójimo con amor igual al amor idólatra que nos profesamos á nosotros mismos, ejerceríamos la *caridad por egoísmo*. Los cálculos de este salen siempre fallidos; es una mala especulación el ser egoísta; es erróneo hasta aquello de que *la caridad bien entendida debe empezar por si mismo*: al contrario, y mas que os sueñe á paradoja, la caridad estuviera mucho mejor entendida y sería mas ordenada y mas fecunda si empezara por el prójimo. ¿Sabeis con cuánta usura veríamos galardonado entonces nuestro aparente sacrificio? ¿No concebís desde luego el dulcísimo y para todos lucrativo comercio de amor que se establecería entre los corazones? ¿Dudais de que la caridad así ordenada reduciría la miseria, la ignorancia, la criminalidad y las llagas sociales todas á su extremo mínimo posible? ¡Oh! no lo dudeis, y tened por seguro también que el gran socialista, el archi-economista, el proto-médico de las enfermedades sociales, es el santo autor de aquella palabra inmortal: *Amaos los unos á los otros.*»

Antonio Guerola.

EL TESORO.

(Conclusion.)

Al traer al inválido su jornal, que aumentaba cada semana, experimentaba siempre como un redoblamiento de esperanza que animaba

su valor: era un paso muy pequeño dado hácia los millones, pero era un paso!

Por otra parte, el esfuerzo era cada dia mas fácil. El hombre se parece á un buque, cuyas velas son las pasiones: entregadlas á los huracanes del mundo y el hombre se precipitará arrebatado entre todas las corrientes y todos los piélagos; pero hacedlas cargar por el buen sentido y la navegacion será menos peligrosa: echad, en fin, en el sitio conveniente el ancla de la costumbre y no tendreis ya nada que temer.

Así sucedió al joven obrero. A medida que su vida se hacia mas regular, sus gustos tomaban una nueva direccion. La asiduidad al trabajo durante todo el dia le hacia mas dulce el reposo de la noche; el abandono de las compañías turbulentas daba un encanto enteramente nuevo á la de su tio y su prima. Esta última habia recobrado su familiaridad amistosa. Unicamente ocupada de Vicente y de Cárlos, conseguia trasformar cada reunion en una fiesta, en la que su corazon hacia todos los honores. Cárlos estaba admirado de encontrar en su prima cualidades y gracias que antes no habia tenido tiempo de reparar. Ella se le hacia insensiblemente necesaria. Sin darse él mismo cuenta, el objeto de su vida variaba; la esperanza del tesoro prometido por Vicente no era ya su único móvil; en cada accion que practicaba pensaba en Susana: queria merecer su aprobacion, serle mas querido. El alma humana es una especie de daguerreotipo moral: rodeadla de imágenes de orden, de abnegacion, de valor; iluminadla con el sol de la ternura, y cada imagen se destacará sola y permanecerá impresa para siempre en ella. La vida que hacia Cárlos estinguió poco á poco sus ardientes ambiciones; veia la felicidad mas sencilla, mas próxima; su paraiso no era ya una fantasmagoría de las *Mil y una noches*, sino un estrecho espacio poblado de afectos tiernos, que podia abarcar entre sus brazos.

Este cambio se habia hecho en él sin que se lo esplicase, sin que lo notase siquiera. El joven obrero se dejaba arrastrar por la corriente de sus sentimientos, sin analizarlos. Su trasformacion, visible para los que le rodeaban, era un secreto para él; no sabia que habia cambiado, pero se sentia mas tranquilo y mas feliz. La sola novedad que notó en sus sentimientos era su amor por Susana; siempre la mezclaba en todos sus proyectos y no comprendia la vida sin ella.

Ese elemento de felicidad introducido en su porvenir, habia modificado los otros. Los millones, en vez de ser su objeto principal, no eran ya mas que una adiccion importante, pero accesoria, á sus esperanzas. Por lo tanto, quiso saber con certeza si su amor era correspondido.

Una noche se paseaba por la pequeña boardilla, mientras que Vicente y su prima hablaban junto al velador, ocupándose del primer maestro de Cárlos, que despues de treinta años de una vida honrada y laboriosa, acababa de anunciar la venta de su taller de encuadernacion, á fin de retirarse á su pueblo con su anciana esposa.

—He ahí dos esposos que han sabido formarse un paraiso en la tierra, decia el soldado; siempre están de acuerdo, siempre de buen humor y siempre trabajando.

—Sí, respondió Susana con aire de convicción; los mas ricos pueden envidiar su suerte.

Cárlos, que habia llegado delante de la joven, se detuvo brusca-mente.

—¿Con que tú quieres que tu marido te ame? preguntó mirán-dola.

—Seguramente..... Quisiera poder conseguirlo..... respondió la joven sonriendo y ruborizándose un poco.

—Puedes, dijo Cárlos con calor; y para ello no tienes mas que decir una palabra.

—¿Qué palabra? tartamudeó Susana mas turbada.

—¡Que consientes en ser mi mujer! replicó el joven.

Y como Susana hiciese un movimiento de sorpresa:

—No te sorprenda lo que te acabo de decir, continuó; hace mu-cho tiempo que queria hacerte esta declaracion..... Pero esperaba una cosa que mi tio sabe; ya ves que ahora me ha salido del cora-zon á pesar mio..... Sé franca como yo, no ocultes nada de lo que sientes, dilo delante del tio para que no puedas arrepentirte.

El joven se habia acercado á su prima, á quien dirijia miradas suplicantes; su voz era temblorosa, sus ojos estaban húmedos. Susa-na, palpitante de alegría, tenia los ojos bajos y permanecia muda; el anciano los contemplaba con una sonrisa mitad burlona y mitad tierna.

—Vamos, acaba de hablar, dijo al fin á Susana con alegría.

—Susana, ¡una palabra, una sola palabra, por favor! dijo el obrero: ¿Quieres aceptarme por marido?

La joven ocultó el rostro entre sus manos, pronunciando un *si* inarticulado.

—¡Gracias á Dios! exclamó Vicente; ¡qué trabajo os ha costado esplicaros!..... Vaya, dadme un abrazo y hoy os dejo la noche para vuestras confidencias; pero mañana tenemos que hablar de negocios.

Al dia siguiente, en efecto, anunció á su sobrino que la suma necesaria para el viaje estaba completa, y que podian partir cuando quisieran.

Esta noticia, que debia haber alegrado á Cárlos, le causó un in-menso dolor. Era preciso dejar á Susana en el momento en que em-pezaban á cambiar sus confidencias y su cariño, correr todos los riesgos de un viaje largo, difícil, incierto, cuando hubiera sido tan dulce permanecer juntos. El joven estuvo á punto de maldecir los millones, que era preciso ir á buscar tan lejos. Desde que habia cam-biado el interés de su vida, se habian amortiguado considerablemen-te sus deseos de riqueza. ¿Para qué tanto oro, en busca de la feli-cidad? Sin él la habia encontrado.

Sin embargo, no dijo nada á su tio y declaró que estaba dis-puesto.

El anciano se encargó de los preparativos y salió muchos dias con Susana para hacerlos. Al fin anunció á Cárlos que ya no faltaba mas que tomar los billetes y le invitó para que le acompañase á tomarlos un dia que Susana estaba ausente, haciéndole subir en un coche de alquiler por haberse resentido de sus heridas á causa del cansancio que le habian producido las últimas salidas.

Tenia en su poder los periódicos que habian hablado de los famosos cajones enterrados á la orilla del Duero y, en cuanto entraron en el coche, los entregó á Cárlos suplicándole que los repasase por si daban alguna noticia que pudiera serles útil.

El joven vió primero los detalles, que ya conocia, y luego algunas esplicaciones sobre pesquisas infructuosas hechas por unos negociantes de Barcelona. Creia que ya no decian nada sobre el particular, cuando se fijaron sus miradas en una carta firmada por un tal Pedro Dufour.

—Pedro Dufour, repitió Vicente; ese era el nombre del furriel de la compañía.

—Efectivamente, ese es el título que toma, dijo Cárlos.

—¡Dios me perdone! Creia á ese valiente en el otro mundo. Ese era el confidente del capitan: veamos lo que dice.

En vez de responder, Cárlos lanzó un grito. Acababa de leer la carta, y tenia el semblante demudado.

—¡Y bien! ¿Qué hay? preguntó Vicente tranquilamente.

—Lo que hay es, que si Dufour dice verdad, es inútil el viaje, dijo el joven.

—¿Por qué?

—Porque los cajones no estaban llenos de dinero, sino de pólvora. Vicente miró á su sobrino y lanzó una carcajada.

—¡Ah! Era pólvora, dijo; era por eso por lo que antes de enterarlos sacaron cartuchos de ellos.

—¿Lo sabíais? interrumpió Cárlos.

—Claro es, puesto que los ví, respondió el anciano.

—Pero entonces..... me habeis engañado, exclamó el obrero: no podíais creer en la existencia de los millones y vuestra promesa era una burla.

—Era una verdad, replicó el soldado con seriedad; te he prometido un tesoro y lo tendrás; solamente que no iremos á buscarlo á España.

—¿Qué quereis decir?

—Vas á saberlo.

El coche acababa de pararse delante de una tienda; los dos viajeros bajaron y entraron en ella. Cárlos reconoció el taller de encuadernaciones de su antiguo maestro, pero renovado y embellecido. Iba á pedir esplicacion de lo que veia, cuando sus ojos se fijaron en el nombre del propietario, grabado con letras doradas sobre un escapate: ¡era su propio nombre! Al mismo tiempo la puerta de la trastienda se abrió, dejando ver un hogar que ardia alegremente, una mesa servida, y Susana, que sonriendo le invitaba á entrar.

Vicente se volvió á él, y estrechándole la mano:

—He aquí el tesoro que te habia prometido, dijo; un buen oficio, que te hará vivir honradamente, y una mujer buena que te hará feliz. Todo lo que ves aquí ha sido ganado por ti y te pertenece. No te enfades porque te he engañado: no sabias buscar la felicidad y he puesto en práctica una de las obras de misericordia enseñándote á conocerla. Ahora que sabes dónde está, espero que no volverás á alejarte de ella, y que enseñarás á tus hijos á buscarla en la virtud y en el trabajo.